

Graciela Hierro: universitaria y filósofa

Griselda Gutiérrez Castañeda

Que sea la desaparición de nuestras o nuestros maestros la ocasión para reconocer su trayectoria y méritos es lo usual, pero no por ello deja de ser penoso. Afortunadamente Graciela Hierro, entrañable amiga y valiente filósofa, supo cultivar con su alegría y sabiduría la compañía de alumnos y colegas, quienes cotidianamente pudimos apreciar las valiosas enseñanzas que personal y profesionalmente era capaz de aportar, con lo cual tuvo la excepcional experiencia de saberse genuinamente reconocida y querida por un significativo número de personas. De ahí que el mejor homenaje que podemos rendirle es, además de mantener vivo su recuerdo aquellos que estuvimos cerca de ella, el compartir estas enseñanzas con nuestra comunidad.

La convicción sobre el alto valor de la vida académica caracterizó el trabajo teórico y docente de la doctora Graciela Hierro, quien a lo largo de treinta y siete años, de manera ininterrumpida, realizó tareas de investigación y de difusión de la filosofía, así como una ejemplar labor formativa en relación con los alumnos.

Los estudios filosóficos de Graciela Hierro tuvieron lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, con los que obtuvo los grados de maestría y doctorado; ellos le permitieron cultivar áreas del conocimiento como la ética, la filosofía de la educación y los estudios de género. Su dedicación a estos campos no fue resultado de una elección casual, el cariz humanista de los mismos es afín con el espíritu crítico, libre y respetuoso que le fue característico a la doctora Hierro, que lo mismo le llevó a fomentar de manera ejemplar la capacidad de diálogo y de pensamiento crítico y autónomo en sus alumnos, que a imprimirle dicho sello a los numerosos grupos de trabajo, institucionales o independientes, con los que colaboró siempre de manera responsable y desinteresada.

Más allá de frases hechas, se puede afirmar que el compromiso con la filosofía fue un compromiso de vida en el caso de Graciela Hierro, sus preocupaciones en el campo de la ética, plasmadas por cierto en varias de sus publicaciones, además de intelectuales también fueron prácticas, y se articularon en forma consecuente con sus reflexiones sobre la filosofía de la educación, terreno en el que desarrolló aportaciones teóricas y prácticas de una educación para la libertad, para ser personas a cabalidad. Por ello en una muestra de congruencia, dedicó sus mejores esfuerzos en los últimos años a los estudios de género, integrando la reflexión filosófica humanista, en cuanto a la comprensión de la formación cultural de los roles de género de mujeres y hombres, con la reivindicación ética de la dignidad de las personas, sin distinción de género, así como con la educación integral de los seres humanos. Solía declarar que en su afán de vincular reflexión teórica y práctica, seguía las lecciones de su maestro Aristóteles, pero no menos en su concepción sobre los fines de la educación como cultivo de las virtudes.

En la enseñanza de la ética y la filosofía de la educación, que impartió por décadas, Graciela Hierro guió a sus alumnos en el estudio de corrientes y autores clásicos en filosofía como también a abrirse a un diálogo con otras disciplinas; junto con el análisis riguroso de las bases teóricas abordó los dilemas concretos que caracterizan a campos como la ética y la educación, lo cual le permitió formar de manera integral y comprometida a muchas generaciones de estudiantes de filosofía, de pedagogía y de disciplinas de la salud. El apoyo que solía darles a sus alumnos fue siempre más allá del salón de clase y de la asesoría de sus tesis, impulsándoles a desarrollar actividades editoriales que se plasmaron en varios libros colectivos, y en la organización de mesas redondas en los congresos nacionales de filosofía, en los que participaba conjuntamente con sus estudiantes, dándoles amplias muestras de confianza y apertura, y guiándoles en la consolidación de su formación profesional.

Su vocación filosófica quedó plasmada en el campo de la investigación en cinco libros de su autoría: *Naturaleza y fines de la educación superior*, *Ética y feminismo*, *De la domesticación a la educación de las mexicanas*, *Ética de la libertad*, *Ética del placer*, además de su biografía *Gracias a la vida*, así como en múltiples ensayos y capítulos en libros; en una larga trayectoria en la docencia, en la dirección de numerosas tesis, en el campo de la difusión; y a la par de estos logros, mantuvo un compromiso universitario que se tradujo en una intensa participación institucional.

Particularmente en el ámbito de los estudios de género y de filosofía feminista, el mérito de Graciela Hierro es digno de destacarse, por cuanto fue una de las pioneras en la incorporación de estos temas a los recintos filosóficos en México: introdujo el debate con su tesis doctoral: *El utilitarismo y la condición femenina* (1982); fundó la primera agrupación profesional con dicho

sello: Asociación Filosófica Feminista (1979); organizó los primeros encuentros académicos sobre filosofía feminista en el marco de los congresos de filosofía en nuestro país (desde 1979 hasta 2001); instauró el primer seminario interdisciplinario Ética, Filosofía de la Educación y Género (1978-2003); en coordinación con un grupo de académicas universitarias fundó el Programa Universitario de Estudios de Género (1992), y durante once años fue su directora; de las setenta y nueve tesis que dirigió, cincuenta y dos giran en torno a esta temática; en un alto porcentaje de sus múltiples publicaciones, abordó de manera sistemática y profunda la problemática de género, en las que hace significativas aportaciones. Tanto en foros nacionales e internacionales, así como académicos y extra académicos hizo una consistente labor de difusión y sensibilización sobre la pertinencia de este campo de estudios, y sobre la tarea ineludible por fortalecer una cultura de equidad; y fue merecedora de múltiples reconocimientos nacionales y extranjeros por la calidad de su labor de difusión y por su trabajo académico.

Ética del placer, su último libro, su legado, es el vivo testimonio de la articulación de estas inquietudes teórico-filosóficas, como de su filosofía personal, un utilitarismo hedonista con el que se vinculó a la vida y se involucró con los otros. Tal como se afirmó, es una obra en la que se constata la armonía entre lo que se escribe y se vive; y cuyo valor y atractivo es el reto que la autora nos invita a encarar: apropiarnos de nuestro placer, que en congruencia con sus principios no parece requerir la aplicación disciplinada de prescriptivas rigurosas, sino afirmar a la manera de un placer el llegar a ser personas.

A diferencia del espíritu estoico presente en la propuesta kantiana, para el que la molicie sería un obstáculo para nuestra afirmación moral, Graciela sostendría que la ética del placer no equivale a entregarse a la molicie, si por ésta entendemos blandura, nuestra autora más bien propone la afirmación de la fuerza vital, pero no estoicamente, sino placenteramente, lo cual puede requerir fuerza y valor, razón y sensibilidad, y aun molicie, si por ésta entendiéramos comodidad y disfrute. Si para Kant el emblema de la Ilustración es: “Ten el valor de hacer uso de tu propia razón”, para Graciela —que de ninguna manera fue la vocera del oscurantismo—, su lema ilustrado sería: “Ten el valor de vivir tu vida, de ser persona, haciendo uso de tu placer”.

Esta reelaboración está motivada, por supuesto, por el compromiso teórico y vital con la problemática de género. Ya que reflexionar sobre el criterio de autonomía, clave para la ética, resulta ser en el caso femenino ineludiblemente un criterio con marcaje sexuado; porque social y culturalmente, la autonomía en sentido pleno, que nos haría personas a las mujeres, nos es escamoteada, al bloquearse nuestra propiedad-de-sí, no sólo en el plano intelectual, sino además, en la no disposición de nuestro cuerpo y del propio placer.

Con esta obra, Graciela Hierro abre un nuevo camino para teorizar la ética, cuyo mérito y valentía consiste en defender este proyecto con una perspectiva de género, que en muchos casos le mereció incompreensión y desconocimientos de sus maestros y colegas, lo cual más que amilanarle le infundió fuerza y convicción, y más que amargarle le hizo una maestra de la ironía, con la cual fue capaz de mantener un diálogo con quienes fueron poco sensibles o respetuosos y le permitió perseverar en sus convicciones con sabiduría y alegría.

Lo anterior es una clara muestra de que la doctora Graciela Hierro fue una universitaria ejemplar, comprometida con la UNAM, nuestra máxima casa de estudios, con una firme vocación humanista, congruente con unos ideales cuya vigencia le mantienen viva entre nosotros.